

AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia. El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos y de cauda-

A cada desahucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín, que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas substituyeron á los rayos del sol, la armonía al colorido, los motivos

naturaleza con el estado de su espíritu entristecido: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día. Una tarde hicieron alto en las frondosas cerca-



Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el dúo de *Lohengrin*



dales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatarse á la muerte una segura presa; pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y á la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día, el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantes de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, á mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado á las tinieblas quien gozó una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtiéndose rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, á la esperanza de que la ciencia lograra devolver á la cámara oscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clisés produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música, encontró en el divino arte alguna compensación á los placeres que le robara la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reunióse en torno del marquesito una corte de maestros y compositores, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre, el arte superó á la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban á veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

á los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales á los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó á considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos, inspirados á veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al ciegucecito obligándole á la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse á un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado á orillas del Océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar á la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado á su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el Real á los más célebres artistas de la época en aquellos tiempos que como sueños se representaban á su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por transmigración sin duda del espíritu encarnaba ahora en su ser. Y á la caída de la tarde solían padre é hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien á orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo á su delirio artístico, pues ni aun en aquéllos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desdicha.

Era entonces cuando su inspiración llegaba á más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruidos de la

nías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos y plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el dúo de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando á sus oídos llegaron ecos de lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, Elsa respondía á las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que á Alfredo produjo aquella inesperada y gratísima conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del ciegucecito, reduciendo el suceso á las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan sólo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedóse, para sus adentros, con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido al protagonista de su ópera favorita.

Aún más, adivinaba que aquella mujer también sufría, y también como él buscaba un amor que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesario más para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo, violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual halagüeño resultado. Al canto de *Rahul* respondióle *Valentina*; al de *Radamés*, *Aida*; al de *Sansón*, *Dalila*; al de *Hámlet*, *Offelia*...

Y una tarde hubo un momento en que *Margarieta* y *Fausto*, salvando las distancias, llegaron á confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban á encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aún más que á los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inespe-

rada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza a los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de verla, estériles protestas sugeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar a los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con la esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde a la cita tácitamente convenida entre los amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.

Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega un aristócrata matrimonio inglés, cuya hija, de diez y ocho bellísimos años, buscaba en las playas meridionales algún alivio a la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, revelados en la facilidad de acomodarse a la diversidad de emociones estéticas a que él la había sometido como prueba de la impresionabilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?, preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

—Pronto, hijo, pronto, replicaba el padre casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer, de la desgracia.

Y así transcurrían pesadamente días y semanas, renovándose padre e hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, a las constantes demandas de los padres, presentóse un día en el castillo un oculista inglés, más sabio ó más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron a inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La verá! ¡La verá! ¡Podré buscarla!, repetíase sin cesar el ciegucecito.

Idea fija que hubiera acabado con su razón a prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabinete, convertido en cámara oscura, ocho días de impaciencia mortal exigidos por el médico para asegurar el éxito de la operación que restituiría la felicidad a aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla. Y el oculista dedicó sus diarias visitas a conservar el fuego sagrado de la esperanza.

* *

A la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecíale eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada a los balcones del jardín, castigando su débil pecho con la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta a cuantos rumores llegaban a su oído, esperando en vano el eco de un amor ideal en que cifró todas sus esperanzas.

A veces iniciaba en el piano alguna de las melodías favoritas, tanto como gritar: «¿Estás, bien mío?» Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la naturaleza parecía responder a sus oídos de tísica: «¿Quién piensa en románticas fantasías?»

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de mozos tocando los guitarreros. «¡Ya está!,» se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles, ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Pasó así largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió a la realidad, y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: «¡Me ha olvidado!»

* *

Pocos días después en el castillo de Guzmán toda era dicha.

Los padres tiritaban de emoción ante la gran seguridad del doctor famoso; éste preparaba con orgullosa calma, atento a los más nimios detalles de la *mise en scene*, la solemne demostración de su gran triunfo; y Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: «¡Por fin podré verla! ¡Iré a buscarla!»

Quitó el doctor las vendas al ciegucecito, levantó-

—¿Acaso la conocías?, exclamaron los padres sorprendidos.

—No, les replicó cayendo desvanecido. ¡La adoraba!

A. AGUILERA Y ARJONA.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

TIERRA CALIENTE

LOS TIBURONES

Hace bastantes años, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en un puerto de las antillas que fueron españolas. Era yo entonces mozo y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelaría en la cabeza, pero creía de buena fe en muchas cosas de que dudo ahora, y libre de escepticismos dábame buena prisa a gozar de la existencia. Sin que lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz con esa felicidad indefinible que da el poder amar a todas las mujeres. Sin ser un donjuanista he vivido una juventud amorosa y apasionada, pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea; los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás. Todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes, como dijo el poeta francés.

El vapor que me llevaba a Méjico era el *Dalila*, hermoso barco que después naufragó en las costas de Bretaña. Aun cuando toda la navegación tuvimos tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, los primeros días apenas salí de mi camarote ni hablé con nadie. Cierta que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía a ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser yanqui el pasaje...

¡Cuán diferente mi primer viaje a bordo del *Masaniello*, que conducía viajeros de todas las partes del mundo! Recuerdo que al segundo día ya tuteaba a un príncipe napolitano. No hubo entonces damisela mareada a cuya pálida y despeinada frente no sirviese mi mano de reclinatorio. Érame divertido entrar en los corros que se formaban sobre cubierta a la sombra de grandes toldos de lona, y aquí chapurrear el italiano con los mercaderes griegos de roja tez y fino bigote negro, y allá encender el cigarro en la pipa de los misioneros mormones. Había gente de toda laya: tahures que parecían diplomáticos; cantantes con los dedos cubiertos de sortijas; comisionistas barbilindos que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos, y toreros españoles, y judíos rusos, y grandes señores ingleses. Una farándula exótica y pintoresca, cuya algarabía causaba vértigo y mareo.

El amanecer de las selvas tropicales, cuando sus macacos aulladores y sus verdes bandadas de loritos saludan al sol, me ha recordado muchas veces la cubierta de aquel gran transatlántico con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas; pero más, mucho más me lo recordaban las horas untadas de opio que constituían la vida a bordo del *Dalila*. Por todas partes asomaban rostros pecosos, cabellos azafrañados y ojos perjuros. ¡Yanquis en el comedor, yanquis en el puente, yanquis en la cámara! ¡Cualquiera tendría para desesperarse! Pues bien: yo lo llevaba muy en paciencia. Mi corazón estaba muerto; tan muerto, que no digó la trompeta del Juicio, ni siquiera unas castañue-

las le resucitarían. Por no ver aquella taifa de usuarios yanquis, apenas salía de mi camarote ni hablaba con nadie; solamente cuando el sol declinaba iba a sentarme a popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrarse la estela del *Dalila*. El mar de las antillas, cuyo tremendo seno de esmeralda penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como atraen y fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos.

También algunas veces venía a sentarse en la popa del *Dalila* una singular mujer, especie de Sallambó, a quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente Nina Chole. Era una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas; una figura hierática y serpentina que evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del Sol que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso.

Vestía como todas las criollas yucatecas, albo hi-



LA SONÁMBULA, estatua de Alfonso Canciani (del «Deutsche Kunst un Dekoration,» editado por Alejo Koch en Darmstadt)

le los recortes azulados que tapaban sus ojos, y abriendo tímidamente la ventana le dijo con imperio:

—¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría; cerró en seguida los ojos como miedoso del mundo ya olvidado, y al volver a abrirlos, intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente a contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

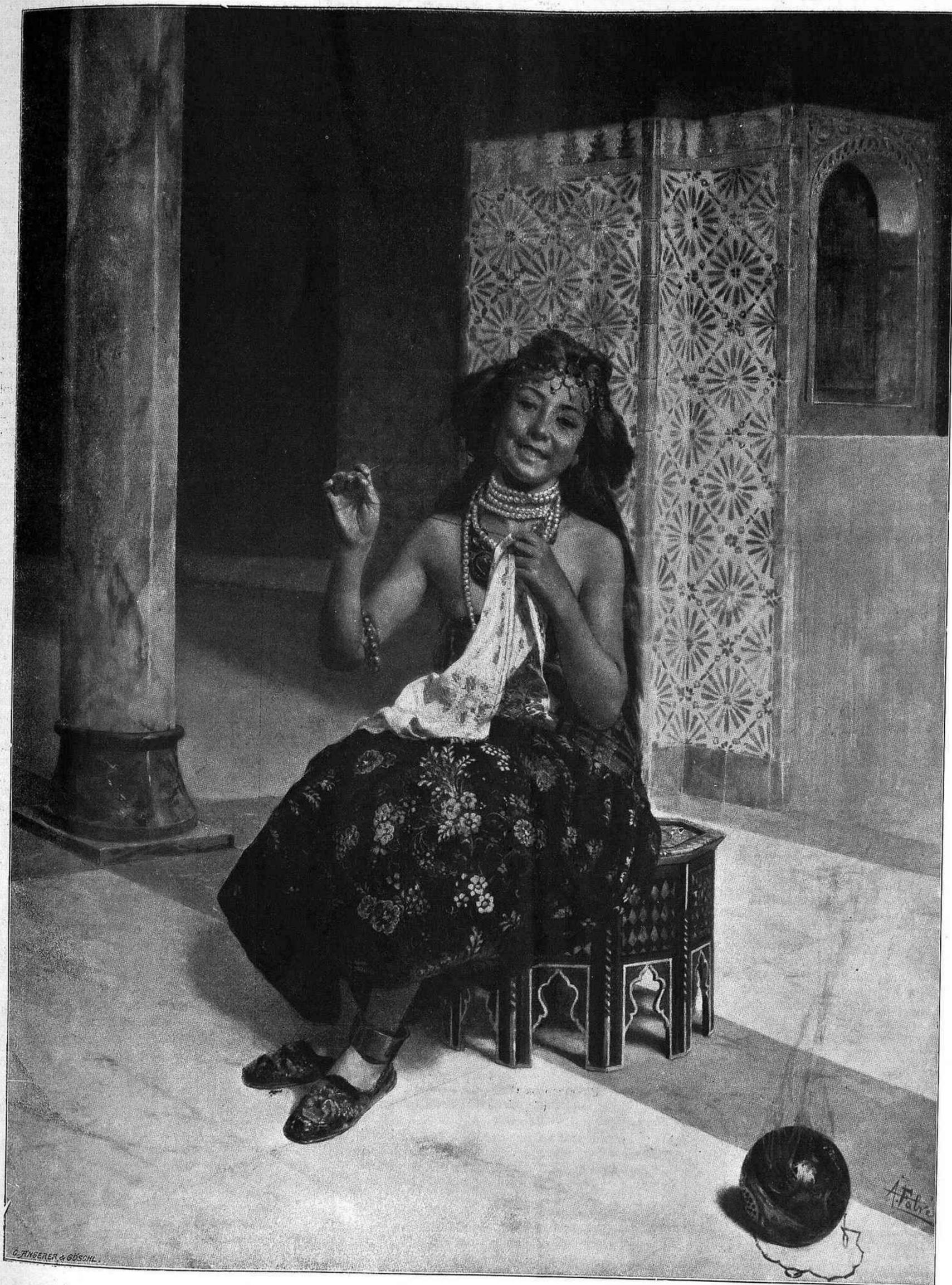
En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó a preguntar:

—¿Entierran a una joven?

—Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista; estaba tísica. ¡Pobre Lady Betty!

—¡Lady Betty!, rugió Alfredo.



LA PEQUEÑA ESCLAVA, cuadro de Antonio Fabrés

pil recamado con sedas de colores - vestidura indígena semejante á una tunicela antigua - y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras ayer españolas llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. La Nina Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud estática y sagrada de la raza maya; raza tan antigua, noble y misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la India...

Era ya de noche cuando el *Dalila* dió fondo en aguas de Yucatán. Hallábame yo entonces en mi camarote tendido en la litera y fumando una pipa, cuando se abre la puerta y veo aparecer á Julio César - un rapazuelo mulato con que el año anterior habíame regalado en Jamaica cierto aventurero portugués, que andando el tiempo llegó á general y ministro en la República Dominicana. - Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

- ¡Mi amito! A bordo viene un moreno de marinero que mata lo tiburone en el agua con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!

Y desaparece velozmente como esos etíopes carceleros de princesas en los castillos encantados. Yo, espoleado por la curiosidad, salgo tras él. Heme en el puente que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila en medio del corro que á su alrededor han formado los pasajeros, y sonrío mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor halan un tiburón medio degollado que se balancea fuera del agua, al costado del *Dalila*. Mas he ahí que de pronto rompe el cable, y el enorme cetáceo desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elefantíacos:

- ¡Pendejos!

Y se va, dejando como una estela en la cubierta del navío la huella húmeda de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos:

- ¡Che, moreno!

- ¡Voy horita, niña! No me dilato.

La forma de una mujer blanquea sobre negro fondo en la puerta de la cámara. Yo reconocí á Nina Chole. El marinero se acerca.

- ¡Mandaba alguna cosa, niña?

- Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonrío, con sonrisa de salvaje, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas que argenta la luna:

- No puede ser, mi amita... Se ha juntado una punta de tiburones, ¿sabe?

- ¿Y tienes miedo?

- ¡Que val... Aunque fácilmente como la sazón está peligrosa... Vea su merced no más...

La criolla no le dejó concluir.

- ¿Cuánto te han dado esos señores?

- Veinte tostone; dos centine, ¿sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marineros curtidos, sin apartar el pito de los labios, sin volver la cabeza, apuntóle:

- Cuatro monedas, y no seas guaje.

El negro pareció dudar. Asomóse al barandal de estribor, y observó un instante el fondo del mar donde temblaban amortiguadas las estrellas.

- Cuatro centine. ¿Le apetece á mi amita?

La Nina Chole, con ese desdén patricio que las criollas opulentas sienten por los negros, volvió hacia él su hermosa cabeza de reina india; y en tono tal que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios, murmuró:

- ¿Acabarás? ¡Sean los cuatro centenes!

Los labios hidrónicos del negro esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual. Seguidamente despojóse de la camiseta, desvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, como un perro de Terranova tomóle entre los dientes, y se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo que parecía de barnizado ébano. Inclínose el negrazo sondando con los ojos el abismo. Luego le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna, y con los brazos extendidos echarse de cabeza y desaparecer buceando.

Tripulación y pasajeros, cuantos se hallaban sobre la cubierta del *Dalila*, agolpáronse á las bordas. Todas las miradas quedaron fijas en un remolino de espumas que no tuvo tiempo de borrarse, porque casi incontinenti salió á flote la testa chata y lanuda del marinero. Nadaba ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta, donde aún traía clavado el cuchillo. Tratóse en tropel de izar al negro; arrojáronse cuerdas ya para el caso prevenidas, y cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir



UN PATIO DE CADAQUÉS, cuadro de Eliseo Meifrén
(Exposición del Círculo Artístico)

los brazos y desaparecer sorbido por los tiburones...

No tuviera yo tiempo á recobrar me, cuando sonó á mi espalda una voz que decía en inglés:

- Sir, présteme usted cuatro libras.

Al mismo tiempo alguien tocaba suavemente mi hombro. Volví la cabeza y halléme con la criolla. Rogóme con cierto misterio que la dejase sitio; y doblándose sobre la borda, arrojó al mar, lo más lejos que pudo, cuatro monedas de oro. En seguida volvióse á mí con gentil escorzo de todo el busto.

- ¡Ya tiene para el flete de Carón!..

Yo debía estar más pálido que la muerte; pero como la criolla fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía, vencióme el encanto de los sentidos, y mis labios aún trémulos pagaron aquella sonrisa cruel con la sonrisa humilde del esclavo que aprueba cuanto hace su señor...

R. DEL VALLE-INCLÁN.

EL HOSPITAL DE ALCOHOLIZADOS

DE SANTA ANA, DE PARÍS

(Véase el grabado de la página 449.)

La mejor descripción que podemos hacer del hermoso cuadro de Mencina Krzesz que en el presente número publicamos, la encontramos hecha en la interesante novela de Adolfo Brisson *L'orise Bonheur*, recientemente publicada en París por la casa Ernesto Flammarion, de la que traducimos el siguiente fragmento relativo al tema del lienzo citado.

«Santa Ana... Mansión de horror, infierno en donde el hombre sano de espíritu no puede entrar sino temblando. Sólo por lo que de él había leído conocía aquel hospital, y nunca sospeché que había de visitarlo en tan extrañas circunstancias. Por otra parte, la locura me inspira un horror invencible, así es que tenía prisa por huir de aquellos terribles lugares; pero el doctor Joffroy y su jefe de clínica M. Fursac me retuvieron, prometiéndome atender solícitamente á mi protegido, y con gran amabilidad me invitaron á visitar las salas donde éste sería albergado.

«¡Qué excursión! De ella guardaré memoria mientras viva. Al trazar estas líneas, observo centenares de ojos que me acechan, me vigilan, me contemplan, me anonadan y me imploran. Ojos furibundos, ojos suplicantes, ojos fúnebres, ojos tiernos y ojos alegres, estos últimos los más desgarradores de todos.

«¡Los ojos de los locos! ¡Poema incomprendible, tragedia viviente! M. Fursac me llevó á la cama de un personaje de aspecto agradable, de semblante lozano, de barba monacal, de porte majestuoso.

- «Presentó á usted, me dijo, á M. Godin, que próximamente ha de suceder á San Pedro.

«Y M. Godin me confió gravemente su secreto: Dios le reveló que subiría al trono de Pedro, á la muerte de León XIII. Y me resumió en sus grandes líneas la historia del pontificado sin olvidar un nombre, ni una fecha, empleando frases escogidas, expresándose con unción discreta, con elocuencia y elegancia. Y cuando me separé de él, me dió su bendición, dominándome con su augusto ademán é impresionándome con su dignidad serena...

«De pronto se oyeron gritos estridentes y acercóseme un hombrerito regordote, jovial, familiar, que, tuteándome como á un antiguo amigo, me dijo:

- «Mi querido Richelieu, mañana presidere el consejo á las nueve en punto; sé puntual.

- «¿Quién es usted, caballero?

- «¡Que quién soy, gran imbécil! Soy el tsar, el tsar Nicolás...

- «Tú eres el tsar, dijo otro sujeto mezclándose en nuestra conversación, yo soy Rothschild... ¡Perfectamente! ¡Rothschild!

«Y viendo que yo guardaba silencio, se incomodó, hincháronse sus narices y apretáronse sus mandíbulas.

- «¡Sí, Rothschild! ¡Sí, Rothschild! ¿No quieres creerme, ladrón, asesino? ¡Hola! ¡Que me traigan mis botas de montar!

«Los guardianes acuestan de nuevo á aquel furioso. Y de la otras camas sale un coro de conmovedores lamentos.

- «¡Caballero, quiero salir! ¡Quiero marcharme! ¡Doctor, doctor!

«Pero el doctor está lejos y me arrastra consigo.

«Ahora son mujeres las que nos rodean. Dos viejas amables se me acercan haciéndome grandes reverencias; una de ellas, sacándose del bolsillo un retrato de un oficial de cazadores me dice:

- «Es mi hijo.

«Y besa amorosamente la fotografía.

«Su compañera la interrumpe exclamando:

- «¡Ay! ¡Yo no tengo hijo! ¡No tengo esposo! ¡No tengo nadie que me defienda! Por esto me han encerrado.

«Y cuando nos retiramos, aquellas larvas se precipitan y se oye un aullido prolongado, formado por cincuenta voces.»



CRÓNICAS ANDALUZAS

LAS REJAS

POR JOSÉ GESTOSO Y PEREZ. - ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

De todas las ciudades andaluzas, es sin duda Sevilla la que posee mayor riqueza y variedad de éstas, ya aplicadas á ventanas ó balcones, ya á las características cancelas, que dejan ver al transeunte, á través de artísticas combinaciones de cintas, balaustrados y tiradillos de hierro, los peregrinos conjuntos de nuestros famosos patios.

Para los que habitan en poblaciones en las cuales desconócese por completo la manera de construir que se usa en Andalucía, que tanto tiene de romana como de árabe; para los que están acostumbrados á ver los estrechos y oscuros zaguanes de las casas de pisos, ocupados casi por los cuchitriles que sirven de portería, desde los que arranca la interminable escalera, apenas si por descripciones, aun cuando sean muy exactas, puede formar concepto del conjunto tan alegre y original, como eminentemente artístico, que ofrece la mayoría de las casas sevillanas, con sus patios inundados de luz, que rodean arquerías de medio punto ó peraltadas sostenidas por robustas columnas; revestidos sus muros, así como las tazas de sus fuentes, de policromos azulejos moriscos, alrededor de las cuales, formando á manera de esmaltada canastilla, muéstranse en ordenado círculo numerosas macetas de claveles y de azucenas, de jacintos y alhelíes, que embalsaman el ambiente con sus fragancias.

Este aspecto es el de nuestras casas en general, que si lo hiciésemos extensivo á algunas señoriales mansiones, como las de los duques de Alba y de

res de sus verjas vienen á formar como una especie de calada celosía que impide, como hemos dicho, apreciar el original conjunto de los patios al primer golpe de vista.

La tradición árabe olvidóse, con respecto al uso de las cancelas, ya en el siglo XVIII; pues sabido es que nuestros dominadores fueron siempre avaros de las preciosidades artísticas que enriquecían sus casas, ocultándolas detrás de los espesos muros de aquellas fachadas, tan sólo perforadas con los reducidos vanos de la mezquina puerta de ingreso, más bien llamado postigo, ó por algún que otro ventanillo abierto en las partes más altas, defendido con tupida celosía y oscurecido por las densas sombras que proyectaban los volados aleros de los tejados ó de los guardapolvos; siendo, por lo tanto, imposible al transeunte registrar con la vista el interior de las misteriosas moradas.

Tales costumbres fueron aceptadas por los castellanos, y todavía nuestros antiguos caserones con honores de palacios conservan aquellas trazas; pues péntrase en ellos por amplio zaguán, bastante á dar entrada á las enormes carrozas, y ya á un lado ó á otro encuéntrase el ancho portón con sus clavos de bronce ó de hierro, el cual franqueado, deja ver los hermosos patios en que un día crecieron las adelfas y los naranjos, los cipreses y laureles, bojes y arrayanes, hoy substituídos por exóticas plantas.

* * *

Los innumerables rejeros sevillanos de los siglos XV y XVI, cuyos nombres van poco á poco saliendo á luz, no pudieron manifestar su pericia tan completamente en aquellos tiempos como luego más tarde, cuando aplicaron su inventiva y buen gusto á la hechura de las cancelas.

Cierto que al sentir las influencias italianas y al experimentar nuestras costumbres radical transformación, las obras de rejería tomaron grandísimo incremento, al emplearlas en las ventanas, balcones, balaustradas de escaleras y sobre todo en las suntuosas verjas destinadas al ornato de los templos.

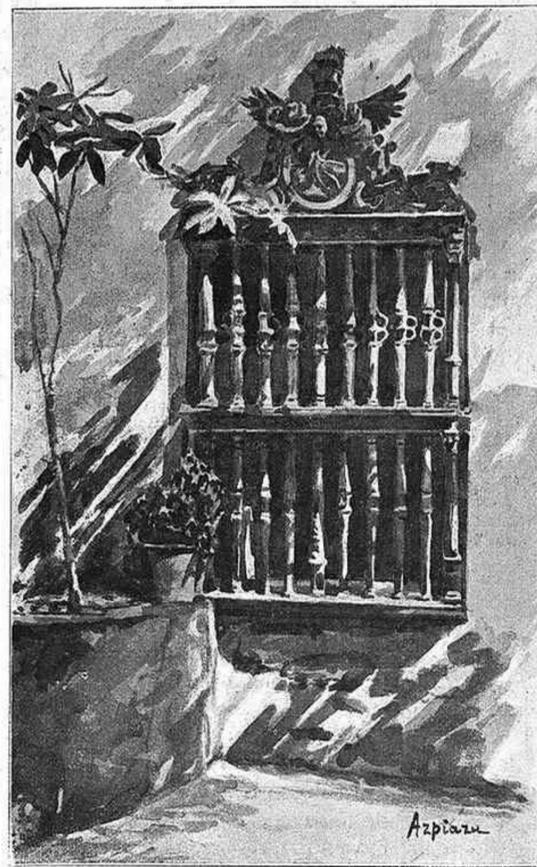
Si la aplicación de las cancelas á los patios, como hoy se usa, hubiese entonces comenzado, ¡qué composiciones tan peregrinas y artísticas habrían brotado de los peritísimos artífices, que tan original como caprichosamente supieron combinar los recuerdos moriscos con las fantásticas creaciones del estilo plateresco, y que tan hábilmente manejaban el hierro fundido como el forjado!.

Oponíanse entonces para ello, como hemos dicho, las costumbres de nuestros abuelos; y si bien el lujo de las grandes casas sevillanas hízose extensivo á todas las industrias artísticas, y entre ellas ocupa señalado puesto la de la rejería, es indudable que con sus obras enriquecieron los templos y las opulentas viviendas, en muchas de las cuales aún se conservan muestras de tan esmerada labor como de exquisito gusto; cualidades que bien se acreditan por las magníficas que posee nuestra catedral y por las que existen en la escalera de la casa de los Pinelos y en el palacio de los duques de Medinaceli, conocido vulgarmente por casa de Pilato, de la cual acompaña á esta crónica exacta reproducción, debida al ilustrado artista Sr. Azpiazu.

Los artífices rejeros del siglo XVIII manifestaron su ingenio, especialmente, en la labor de las cruces de grandes dimensiones que por entonces se colocaron en esta ciudad, tan profusamente, que no hubo encrucijada, plaza ni plazuela que careciese de ellas, ya elevadas sobre pedestales, ya en retablos colocados en los muros.

Estos símbolos religiosos, los brocales, de pozos y las cancelas de los patios que desde entonces empezaron á fabricar, nos muestran claramente el revés del gusto de una fatal decadencia, así como el influjo del gusto francés, que dió lugar á una labra especial y genuinamente sevillana, pues con tiradi-

llos de hierro retorcidos en mil caprichosos sentidos combinaron dibujos no exentos de inventiva ni de gracia, los cuales adornaban con infinitas rosas de menudas hojas, pequeñas pomas y otros motivos, produciendo finos encajes más ó menos tupidos, pero todos originalísimos.



Reja de la casa de Pilato. Sevilla

De tal manera extendióse este gusto, que todas las casas sevillanas construídas desde entonces cambiaron los pesados portones de madera por las filigranadas cancelas; y cuando ya en este siglo el eclecticismo artístico invadió todas las esferas artístico-industriales, vemos resucitar lo mismo las tradiciones platerescas como los geométricos trazados de las moriscas lacerías.

Las muchachas sevillanas acogieron con gusto la innovación, pues por las cancelas *pelábase la pava* mejor y más cómodamente que por las ventanas, cuyas tupidas celosías las asemejaban á locutorio de monjas. En cambio, por la cancela del patio no había tales estorbos, y los amantes podían gozarse mutuamente en su contemplación. ¡Cuántas historias alegres y tristes podrían referirnos sus hierros! ¡Cuántas promesas, juramentos y esperanzas que no se realizaron!.. ¡De cuántos ensueños é ilusiones fueron mudos confidentes, como también de los desencantos é ingratitudes en que vinieron á parar los unos y las otras!.

¡Pelar la pava por una cancela sevillana en una noche de verano!.. ¡De allí al cielo!.., dicen los que han experimentado tan íntimo placer. Y acaso, acaso tengan razón.

Hoy que ya no se usan celosías en las ventanas, hay enamorados que prefieren éstas á aquéllas, siempre que su gentil dueña haya cuidado de entrelazar en los hierros, formando con ellas tupida red ó cortinaje de verdura, ramas de jazmines, de pasionarias ó de aquellas campanillas que, como dijo el inmortal Bécquer, «sin saber por qué, tienen sus hojas la forma de un corazón.»

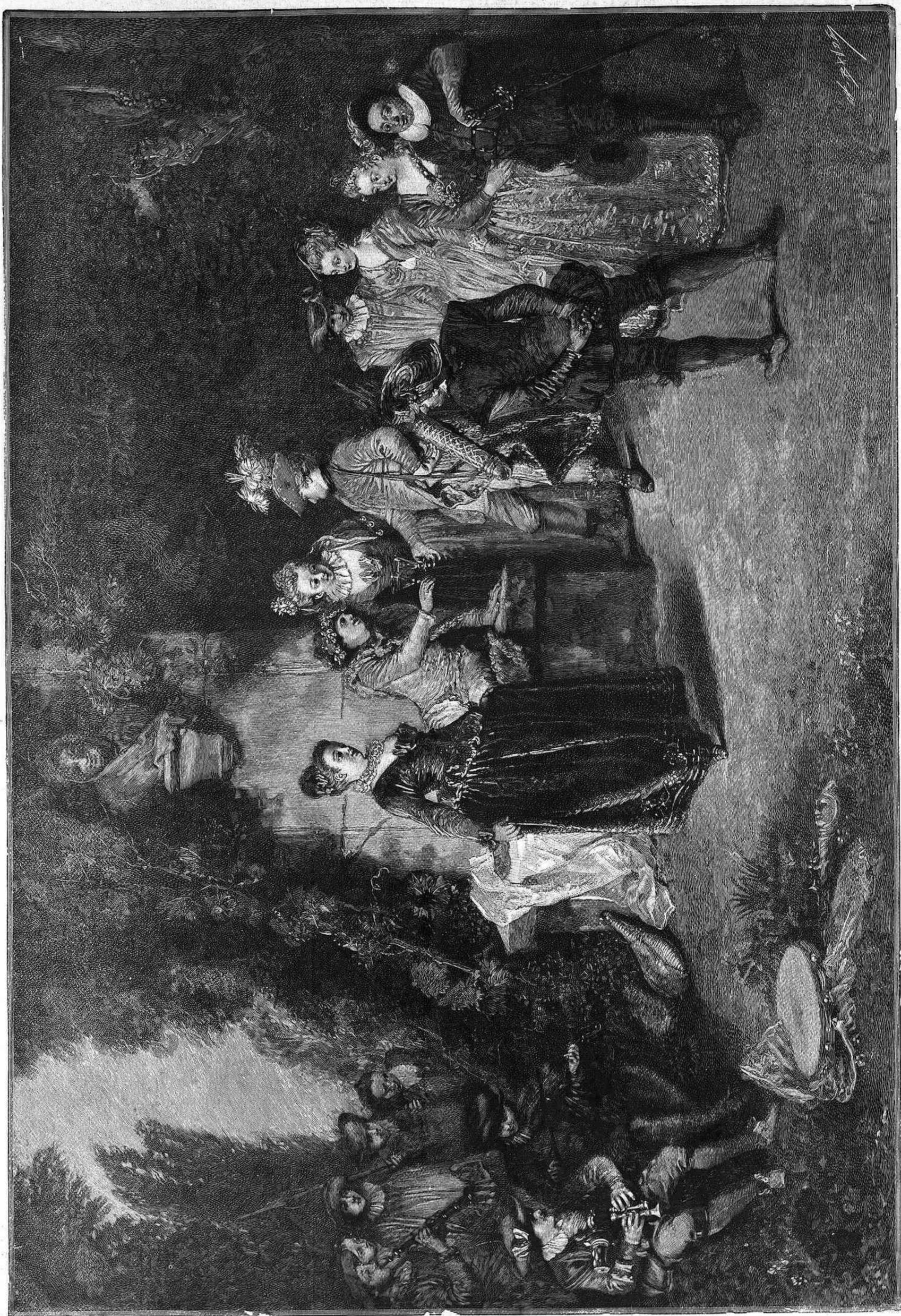
Todavía existen en los moriscos barrios de nuestra ciudad ventanas así entretejidas, formando el más pintoresco y poético conjunto; todavía por delante de alguna, ¿por qué no confesarlo?, hemos experimentado el aguijoncillo de la envidia, al contemplar la amante pareja que en aquel solitario y apartado lugar hallaba sintetizada la mayor ventura de la tierra en el reducido espacio de un palmo de terreno!



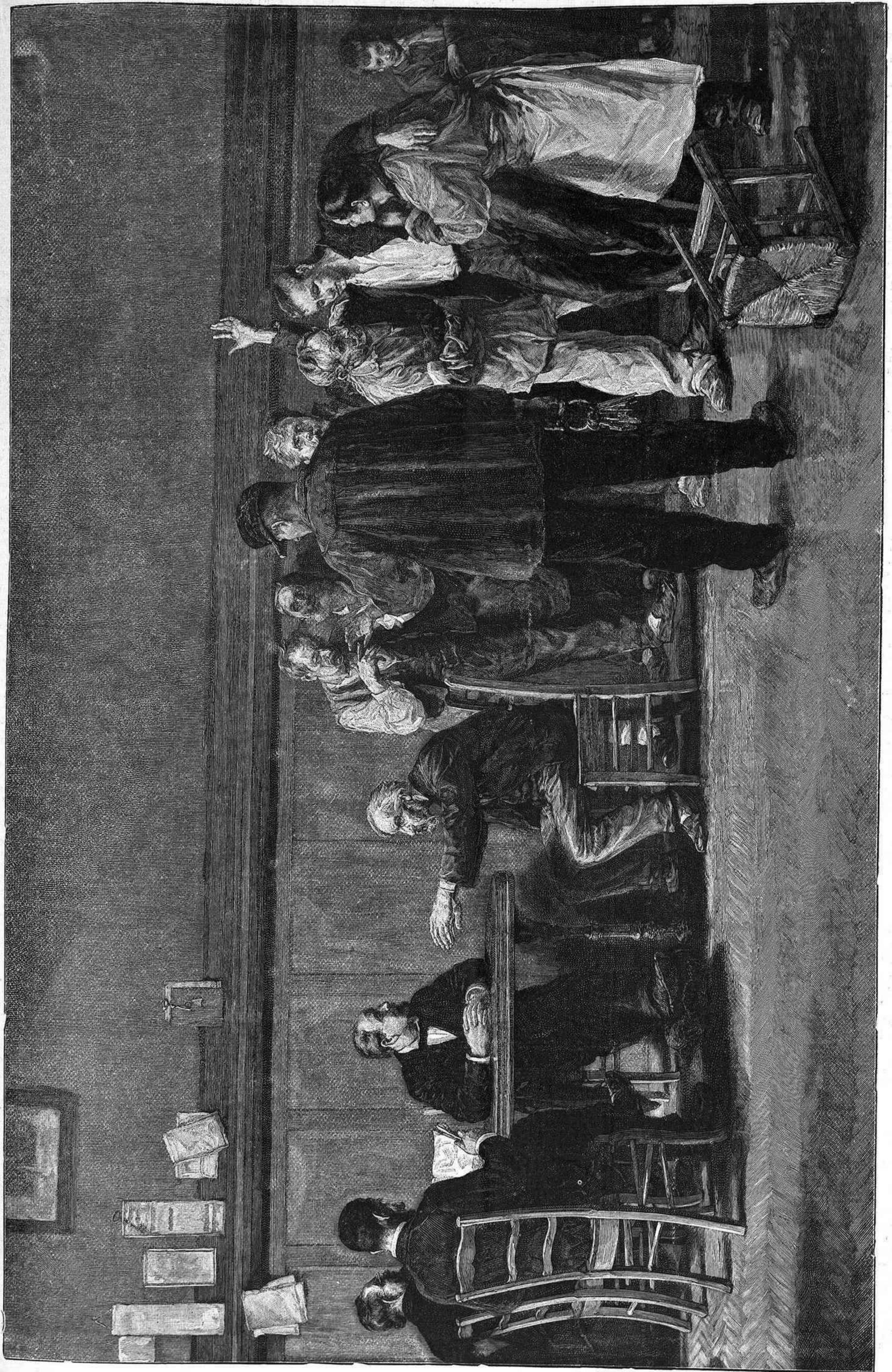
LAS REJAS. - Pelando la pava

Medinaceli, es tan notablemente grandioso y rico y ofrecen tales atractivos por sus espléndidos ornatos de mármoles, yeserías mudéjares y riquísima variedad de azulejos, que bien pueden ser citadas como magníficas páginas del arte sevillano.

Pues bien, tan pintorescos conjuntos ofréncense á la vista del visitante como velados á través de los finos y delicados encajes de las cancelas, avivando así la curiosidad con el misterioso efecto que aquéllas producen, pues las intrincadas y artísticas labo-



EL MINUÉ (ESCENA CAMPESTRE), cuadro de Watteau



EL HOSPITAL DE ALCOHOLIZADOS DE SANTA ANA, DE PARÍS, cuadro de José Mencina Krzesz. (Véase el artículo de la página 446.)



NUESTROS GRABADOS

El general colombiano D. Rafael Reyes.— Uno de los trabajos más importantes presentados a la Conferencia Internacional Americana recientemente celebrada en Méjico, ha sido la memoria del general D. Rafael Reyes, delegado de Colombia, relativa al viaje de exploración que por espacio de varios años realizó, en compañía de sus hermanos Enrique y Nestor, por la gran región fluvial llamada Amazónica de Sur América.

Esta exploración, que bien puede calificarse de heroica, costó la vida a los hermanos Nestor y Enrique, los cuales murieron, el primero devorado por los salvajes indios antropófagos que pueblan aquellas lejanas e ignoradas comarcas, y el segundo víctima de la fiebre amarilla en el seno de aquella virgen y mortífera naturaleza.

La narración de este viaje hecha por el general Reyes es altamente conmovedora cuando se refiere a estos y a otros tristes episodios, y cuando relata los trabajos, los sufrimientos, las privaciones que los valientes exploradores tuvieron que afrontar, ora viéndose entre salvajes, ora careciendo de alimentos y teniendo que procurárselos por medio de la caza y de la pesca, ora durmiendo sobre candentes arenas y desafiando los rigores de una temperatura de 45° centígrados.

Y la labor realizada por aquellos intrépidos exploradores resulta más asombrosa y meritoria, si se tiene en cuenta que para llevar a cabo su empresa no percibieron de ningún gobierno subvención alguna, sino que de su peculio particular gastaron 150.000 pesos.

En el relato del general Reyes hay, además de lo ameno y conmovedor, algo muy importante, pues se trata de una exploración que da a conocer un nuevo mundo para la industria y el trabajo, según dijo el presidente de los Estados Unidos Roosevelt al general cuando éste le refería la historia de su viaje. Nada menos que cuatro millones de millas en terrenos incultos, vírgenes y ricos en producciones, son los que forman la región explorada, que cuenta con grandes saltos de agua que bastan para satisfacer las necesidades del riego en los lugares lejanos de las riberas del río y para producir la fuerza motriz necesaria para poner en movimiento toda la maquinaria que con el objeto de explotar aquella tierra de promisión quieren llevar allí el espíritu emprendedor y el capital del mundo civilizado.

En los tres reinos de la naturaleza son ricas e inmensamente explotables aquellas regiones, donde, según refiere el general Reyes, se encuentran minerales preciosos, prados capaces de contener millones de cabezas de ganado, maderas ricas, cereales, legumbres, plantas tintóreas y textiles, caucho, etc.

El explorador enlaza todas las observaciones que ha recopilado en viajes tan azarosos como de positiva utilidad para todo el continente con la idea ya aprobada del ferrocarril intercontinental, y en plano cuidadosamente trazado señala la dirección que, a su juicio, debe seguir la línea principal a fin de que por medio de ramales queden unidos los centros de aquellas regiones desconocidas y puedan entrar en el concierto del progreso y de la civilización que impera en el rico continente americano.

Los resultados de este viaje de exploración ya han comenzado a tocarse, pues gracias a los datos recogidos por el general Reyes se han establecido muchas líneas de navegación fluvial que hacen un comercio de varias decenas de millones: solamente de caucho se extrae por más de veinte millones de pesos oro para todos los mercados del mundo.

Los ríos de aquella región son navegables para buques de gran calado en una extensión de 15.000 millas.

El objeto del general Reyes al hacer el relato de su viaje es un digno coronamiento de sus afanes de explorador sabio y animoso y de gran patriota, pues desea que la humanidad entera recoja opimos frutos del sacrificio de dos héroes, mártires de su idea civilizadora, y de sus propias y grandes abnegaciones. A este efecto propuso a la Conferencia Internacional Americana las siguientes proposiciones:

1.ª Que se declare libre para todas las banderas del mundo la navegación fluvial en aquella zona que ha recibido el nombre de Mediterráneo de Sur América, reservándose sólo cada una de las naciones unidas por los ríos navegables sus correspondientes derechos de aduanas para las mercancías que en ellas se descarguen para el consumo;

2.ª Que se complete esta red natural de comunicaciones por medio del ferrocarril panamericano que pueda unir con ramales los brazos del río y los ríos que no están en contacto directo, para lo cual los diversos países por donde ha de pasar el ferrocarril deberán subvencionar a la empresa con terrenos baldíos de la zona amazónica.

Estas dos proposiciones han de ser objeto de un convenio especial que habrá de celebrarse entre los representantes de las repúblicas americanas en la conferencia.

A la relación de su viaje acompaña el Sr. Reyes un plano explicativo que comprende la América del Norte, la Central y la Meridional y en el que están marcados:

1.º La línea del proyectado ferrocarril intercontinental de Nueva York a Santiago de Chile;

2.º Las exploraciones hechas por los hermanos Reyes en el Amazonas y sus afluentes;

3.º La extensión navegable por vapores de mar y de río del Amazonas y de sus afluentes que, según hemos dicho, es de 15.000 millas;

4.º La comunicación posible entre la hoya del Amazonas y la del Río de la Plata y la que existe entre el primero de estos ríos y el Orinoco;

5.º La región que contiene caucho, cacao y otros valiosos vegetales;

6.º La cordillera de los Andes en la cual están indicados los puntos que contienen minas de oro, plata, cobre, hulla, etc.;

7.º La región de praderías de pasto natural para crías de ganado;

8.º Los lugares habitados por tribus salvajes.

El general Reyes mereció los más entusiastas plácemes de todos los delegados en la citada Conferencia, y es indudable que los Estados americanos interesados en su proyecto le concederán todo su apoyo para que pueda ser en todas sus partes

una realidad dentro de breve plazo. Asimismo merece bien de cuantos aman la civilización, porque gracias a sus heroicos esfuerzos y a sus inmensos sacrificios no tardarán en convertirse en inagotables fuentes de riqueza vastísimos territorios hasta ahora desconocidos.

Nuestro estimado corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce está haciendo actualmente una edición de este interesante viaje en cuatro idiomas, español, francés, alemán e inglés, que no dudamos tendrá extraordinario éxito.



El general colombiano y célebre explorador D. RAFAEL REYES (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en Méjico Sr. de S. N. Araluce)

Retrato de los niños L..., grupo en mármol de Eusebio Arnau (Salón Parés). — Confesamos sin rebozo que el precioso grupo compuesto de una niña y un niño, sentados en una banqueta, con los pies apoyados en mullido almohadón, unidos, juntitos, hojeando un álbum, nos produjo especialísimo encanto cuando presenciamos su colocación en el testero principal del Salón Parés. Conocíamos la valía de Eusebio Arnau, sabíamos hasta dónde podía llegar su habilidad para modelar y dar al barro ó al mármol apariencia de realidad, pero no se nos había alcanzado todavía que produjese un conjunto que tan admirablemente entraiara distinción, delicadeza y sentimiento; porque todo ello rebosa en la producción, y se adivina que esa nítida representación evoca el recuerdo de dos ángeles, bellos y encantadores, tan puros como sin mancha se presenta el bloque que el escultor ha logrado convertir en obra de arte. Muchos plácemes merece Arnau, extensivos al Sr. Bechini, por haber sabido interpretar en el mármol el modelo de un artista meritisimo.

La sonámbula, estatua de Alfonso Canciani. — El autor de esta escultura tiene muchos puntos de contacto con los dos famosos escultores franceses Meunier y Rodin: parece al primero por su dominio del movimiento y al segundo por el vigor con que sabe agrupar las figuras. No obstante este parecido, Canciani tiene personalidad propia, que se manifiesta de un modo elocuente en *La sonámbula*, que en la página 444 reproducimos, y que fué muy celebrada en la última exposición de los secesionistas de Viena. En esta obra ha sabido expresar el artista por modo admirable ese estado morbo que la ciencia explica y la superstición explota, y durante el cual el individuo dormido ejecuta algunas funciones correspondientes a la vida de relación exterior, sin que al despertar conserve el menor recuerdo de tales movimientos. La sonámbula de Canciani es en realidad la durmiente que se mueve como por automatismo, sin darse cuenta del acto que realiza; su rostro refleja su inconsciencia y en su actitud se marca de una manera evidente la pasividad que al sonambulismo caracteriza: la sobriedad con que está modelada la figura contribuye no poco a la impresión que la estatua produce. Canciani ha ejecutado en estos últimos tiempos multitud de modelos para la Fundación Imperial, en todos los cuales se admira el talento con que ha sabido armonizar la verdad natural con el objeto decorativo para el cual han sido hechos la mayor parte de estos modelos.

La pequeña esclava, cuadro de Antonio Fabrés. — Acostumbrados nos tiene Fabrés a reconocer su habilidad, maestría y exquisito gusto y distinción; mas preciso es confesar que cada una de sus nuevas producciones es para nosotros nueva causa de sorpresa y medio para producir nuestra admiración. Ejecutando con precisión y justeza pormenores y minucias, no puede aplicarse al distinguido pintor el calificativo de detallista, como no cabe tampoco el de efectista, puesto que las líneas y el color lo utiliza como elementos, jamás como recursos. Quien haya estudiado las más importantes obras de nuestro querido amigo, podrá apreciar la exactitud de las consideraciones que exponemos y convencerse, cual lo estamos, de

que es un artista sincero, de indiscutible temperamento y maestro siempre en el trazo y en la aplicación del color. Véase el lienzo *La pequeña esclava*, gallarda producción, que aporta un nuevo timbre a su ejecutoria artística, que recientemente ha sido adquirido por la suma de 8.000 francos por un inteligente coleccionista de los Estados Unidos de la América del Norte.

Un patio de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén (Exposición del Círculo Artístico). — Al ocuparnos ha poco de la gallarda exhibición de un considerable número de producciones de Eliseo Meifrén en los salones del Círculo Artístico de esta ciudad, consignamos juicios y apreciaciones. Hoy no cabe repetirlos, pero sí hacer constar una vez más que el inteligente y laborioso artista catalán ha patentizado nuevamente su valía indiscutible y la variedad de sus aptitudes. De aquel hermoso conjunto de obras forma parte el lienzo que reproducimos, uno de los más notables, a nuestro modo de ver, ya que ha de estimarse como concienzudo estudio y un medio de que el pintor se ha valido para demostrar que puede ejecutar producciones de un género que, como aquel del cuadro a que nos referimos, exigen poder asimilativo y maestría, pues de otra suerte no es posible obtener tan cumplidos resultados.

El minué (escena campestre), cuadro de Watteau. — A propósito del autor de este cuadro, el famoso pintor francés, han escrito los hermanos Goncourt: «El gran poeta del siglo XVIII es Watteau. De su cabeza ha salido una creación, toda una creación de poema y de ensueño que llena su obra de la elegancia de una vida sobrenatural sacada por el pintor de las encantadas visiones de su imaginación. Este artista ha renovado la gracia; la gracia de Watteau no es la gracia antigua, es decir, un asunto vigoroso y sólido, la perfección marmórea de Galatea, la seducción enteramente plástica de la gloria material de las Venus; la gracia de Watteau es la gracia, ese algo que comunica a la mujer un atractivo, una coquetería, una belleza superior a la belleza física; es esa cosa sutil que parece la sonrisa de la Iínea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera. Todas las seducciones de la mujer en reposo, la languidez, la pereza, el abandono, el descuido, la cadencia de las actitudes, la gracia de los perfiles, las morbideces de los senos, las esbelteces del cuerpo femenino, el juego de los largos dedos sobre el mango de los abanicos, las indiscreciones de los tacones altos que por debajo de las faldas asoman, la coquetería de los gestos, el movimiento de las espaldas y todo este arte, la mímica de la gracia que los espejos del siglo XVIII han enseñado a la mujer, todo revive en Watteau con su flor y su acento propios. ¡Y qué decoración! Una tierra cómplice, bosques galantes, campos llenos de música, sotos propicios a las fiestas de Eco, árboles formando glorietas de donde penden cestas de flores; desiertos lejos del mundo envidioso, refrescados por fuentes y poblados de mármoles y de estatuas; surtidores que surgen en medio de los patios de las granjas, soles de apoteosis, bellas luces que duermen sobre los céspedes; verduras translúcidas, delicias campestres, decoraciones murmuradoras y engalanadas, jardines poblados de zarzas y de rosas, paisajes de Francia plantados de pinos de Italia...»

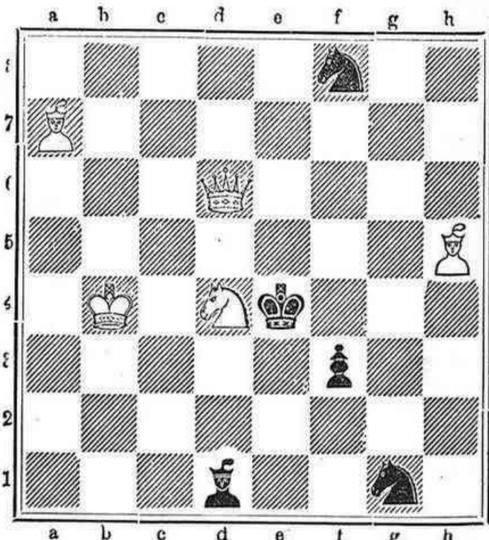
Después de este juicio de los ilustres escritores franceses, sería pálida, y por esto la omitimos, cualquier descripción que hiciéramos del bellísimo cuadro de Watteau que en este número publicamos.

Teatros. — Barcelona. — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades *La gobernadora*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente. En el Tivoli se ha cantado la ópera *Faust*, de Gounod, habiéndose ejecutado por primera vez en España el cuadro de la Noche de Valpurgis, y habiendo obtenido muchos aplausos la Sra. De-Romá y los Sres. Pagani, Sabellico y Clavería.

A. JEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 286, POR O. WURZBURG.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 285, POR E. FERBER.

- Blancas. 1. Cf3—e5
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. C6D mate.

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.—ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

— ¡Bravo, bien, tío Claudio!, exclamó la joven en tono que no puede decirse si era burlón ó serio. ¡Y gracias mil por la invitación! Me arreglaré un poco; no es cosa de que me presente en su casa de cualquier manera... ¡Adiós, tío Claudio..., adiós, hasta luego!..

Y dejando de reír de pronto, las mejillas encendidas, frotándose suavemente las guedejas de las sienes, húmedos los ojos de vida y juventud, radiante, luminosa, le arrojó un beso con un ademán lleno

— Tenía que hablarte; esta mañana te dí un encargo. ¿Lo hiciste?

— ¡Digo!
Este «digo,» por si el lector no lo sabe, quiere decir: «sí.»

— Bien, después hablaremos de eso; ahora voy á darte otro.

— Güeno, mi amo, güeno.

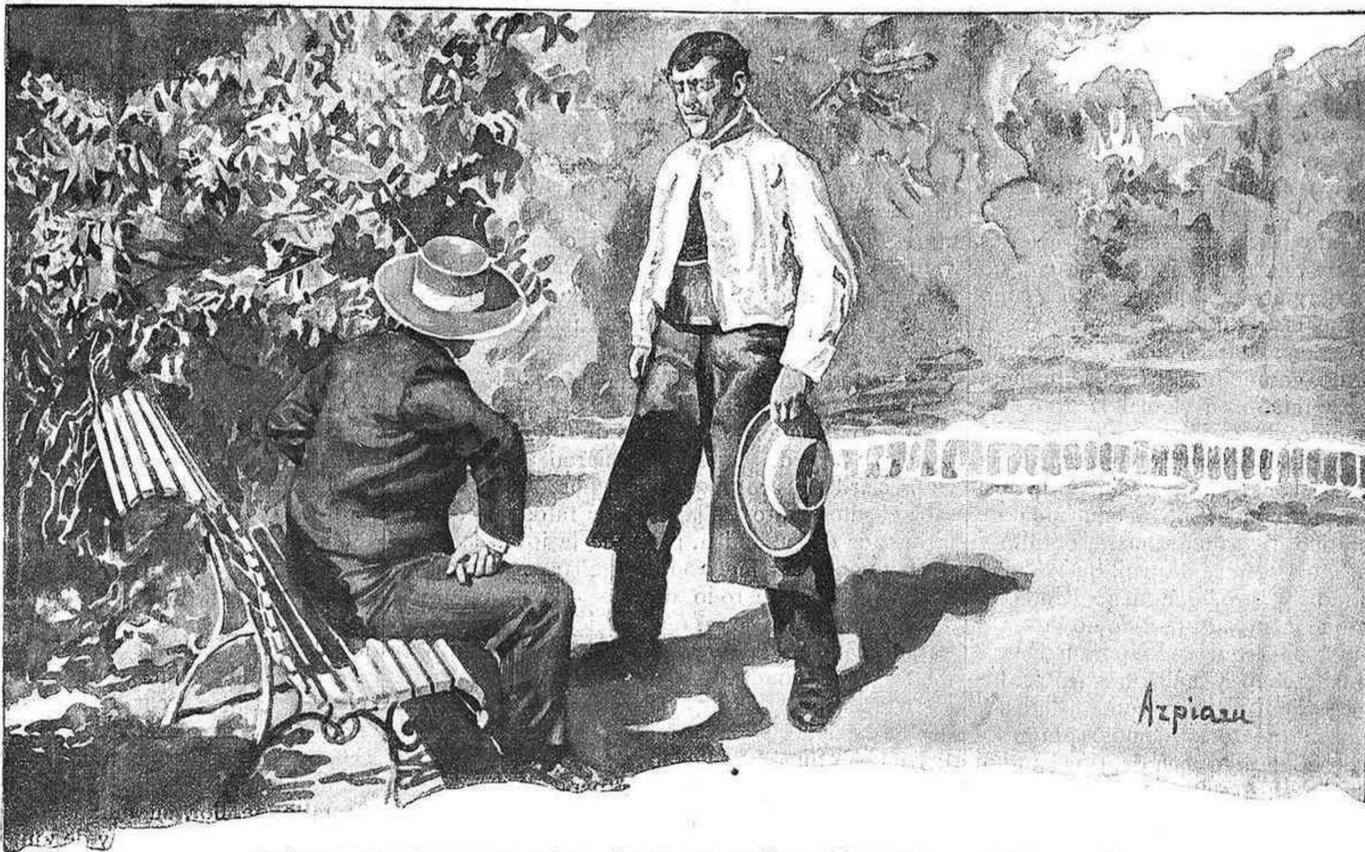
— Pero á todo esto, preguntó el tío Claudio distraídamente, ¿de dónde eres tú?

— Pero, desgraciado, ¿por qué te ríes de ese modo?, preguntó el viejo calmosamente.

Al viejo sólo le exasperaba su vecina.
— Es mi maña.
— ¡Vaya... con la maña, hombre! Dime; pero tú ¿cómo te llamas?

El mozo lanzó su horrendo *jipío* para atajar la risa, y contestó muy ufano:

— ¿Yo?... ¡Pos Troncho!..
— ¿Qué dices, criatura?



— ¿Qué mandasté, mi amo?, preguntó el sujeto con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña

de gracia, y el encanto deshízose inmediatamente. La visión había desaparecido.

— ¡Anda con Dios, cabecita de pájaro! ¿Pensabas que el pobre viejo iba á ser la distracción de tus ocios, sin tomarse su desquite? Ya verás..., ya verás lo que te preparo... ¡Qué mujeres... y qué raza! ¿Y de estas muñequitas de cristal, y de esos lechuginos esmirriados de los salones, va á venir la generación que nos redima?

El viejo movió la cabeza melancólicamente, en sentido de duda.

— Y es una lástima, añadió preocupado; porque está muy malita; padece de sangre azul... y de mojigatería aguda. ¡La epidemia de la raza privilegiada! ¡Pobres! ¡Si supieran el daño que hacen á los demás y el que se hacen ellos mismos! Pero no; dicen que el mal lo hacemos nosotros... ¡Los liberalotes!.. ¡Los bárbaros!.. ¡Los renegados!.. ¡Renegar yo, Dios misericordioso!, murmuró apagadamente, fija la mirada en el cielo, rebosando ternura y emoción. ¡Renegar yo de ti, que me colmas de felicidades y que me bendices en mi hijo!

Quedó así un momento, en actitud grave, llena de melancolía. No se acordaba de Matilde. Pensaba en su mujer y en su hijo, uniéndolos en su imaginación como dos suaves y serenas figuras luminosas. De aquel grave y silencioso recogimiento le sacó la presencia de un singularísimo personaje. El tío Claudio le miró de mal humor; había motivo; nada más opuesto que la persona que se había presentado, por su cabeza enorme, su frente estrechísima, de idiota, sus ojillos grises saltones, su bocaza descomunal de perro de presa y su cuerpo grandullón y destartalado, con aquellas dos figuras unidas por un nimbo de luz donde tenía puesta su alma el viejecito del *Limón*, cuando tan inoportunamente le interrumpieron.

— ¿Qué mandasté, mi amo?, preguntó el sujeto con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña. *Man* dicho que viniera... y vengo.

— ¿Yo? *Pos* de Cabra. ¿Osté se entera? Ya me lo preguntó el *señó Agustín* anoche. ¿Osté se entera?

— Sí que me entero. ¿Y qué hacías en Cabra?

— *Tamién* me lo preguntó el *señó Agustín*. ¿Osté se entera?

— Sí que me entero; y yo te lo pregunto ahora. ¿Qué hacías allí?

— ¿Ay! *Pos* tiraba de una noria.

— ¿Pero qué oficio es ese?

— *Osté* verá; como oficio, yo era hortelano; pero no había en la *güerta na* más que una *cabayería*.

— ¿Y eras tú esa caballería?, preguntó el viejo gravemente.

El individuo soltó una risa descomunal, estupenda, increíble; una risa como un trueno, que trepidó formidable en los cielos y en la tierra.

— ¡No, yo era otro!, exclamó en las últimas convulsiones de la risa. Es *decté*, yo era yo. ¿Osté se entera? (Y acabó de reír con un largo *jipío*.) Pero no había *na* más que un mulo, que servía *pa to; po* la mañana, *pa yevá* la hortaliza al *mercao*; *ar* mediodía, *pa dí po* agua á la fuente; *po* la tarde, *pa sacá* á paseo *ar* señorito... ¿Osté se entera? Y como la hora de *sacá* el agua *pa regá*, era la de *sacá ar* señorito..., *pos* yo tiraba... y *er* señorito salía.

— Muy bien; tiras..., digo, hablas de un modo maravilloso.

— ¡Ay, con mi amo!
Y el sujeto soltó otra vez su espantosa risotada.

— ¿Y hace mucho tiempo que estás en Córdoba?

— Poco; *mu poquiyo*. *Fartó* en Cabra el trabajo... y me vine.

— Perfectamente; llegaste aquí anoche; de manera que no conocerás á la señorita de la huerta inmediata, ni ella te conocerá á ti.

— ¿A mí?... ¡A mí, no!

Y el mozo de cuadra — ya habrá supuesto el lector con quién estamos tratando — soltó por tercera vez su risa, tan espantosa, tan fuera de tino, que el mundo pareció hundirse.

— Y por mal nombre, Frasquito.

— Bien, prefiero el mal nombre; mira, Frasquito: presta mucha atención, que voy á decirte una cosa importante. Oyeme bien; tú... eres mi hijo...

El viejo no pudo seguir; *Troncho* se echó de rodillas, como un costal, á sus pies, y gritó lastimosamente, con las manos cruzadas:

— ¡Hijo de *osté*! ¡Quién había de figurárselo! ¡Qué diría mi padre si se enterara!

— Levántate y déjame hablar.

Se levantó Frasquito, y fué calmándose cuando el tío Claudio se explicó; no era que fuese su hijo, sino que quería que pasase por tal á los ojos de la marquesita; además, Frasquito iba á fingir que llegaba de fuera, del extranjero.

— ¿Oyes bien? ¿Entiendes?, insistió el tío Claudio marcándolo mucho. Del extranjero. Y en fin, vas á declararte á ella.

— Y ¿qué es *deklarase*?, preguntó *Troncho*, intrigado.

— Hacerla el amor; decirle que te quieres casar con ella.

— ¡Ah, güeno güeno! *Echámela po* novia.

Y *Troncho*, muy divertido con el papel que iba á representar, soltó su risa, aquella gran risa que siguió su curso hasta concluir en el famoso *jipío*.

— Eso, eso mismo, decíale el tío Claudio, cuando terminó. Echártela por novia; y á ver cómo te conduces, que luego tendrás una gran propina.

— ¿Pero *eya quedrá*?, preguntó *Troncho*, apuradísimo.

— ¿A ti qué te importa? Tú haces lo que te dije y será suficiente.

— ¿Y tengo que *dí* á su casa?, preguntó *Troncho* de nuevo, con no menor apuro.

— No, que vendrá ella aquí; ¡mira, mira!, añadió vivamente, ¡allí asoma! ¿La ves? Corre y dile á Agustín que te vista con un traje del señorito. ¿Entiendes?

— Entiendo.

— Y le dices además á Agustín, pero explicando-



Azpiazu

selo muy bien, que cuando te haya vestido, se ponga donde esté viéndome, pero sin que la señorita le vea; y cuando observe que yo meto la mano en el bolsillo y saco el pañuelo, que me llame como si fuera cosa muy urgente; se quedará la señorita sola, y entonces aparezco tú: ¿te has enterado bien?

- Sí, sí, mi amo.

- ¿Te acordarás de todo?

- Sí que *macordaré*; *osté* lo verá.

- Vete, vete; escóndete, que ya se acerca.

Se fué *Troncho*, y poco después apareció la marquesita. El tío Claudio salió á su encuentro, galantemente.

V

¿Qué tramaba el tío Claudio contra su temible enemigo?.. Como en estos momentos el lector se expone á extraviarse en la opinión que pueda formar de mi heroína, conviene decirle, para guiar su juicio, algo de importancia.

Matilde nació en Córdoba, de padres nobles, pero de gran riqueza; perdona, lector, ese *pero*, que te parecerá ahí descabellado; en Córdoba, con algunas salvedades, naturalmente, decir noble es lo mismo que decir ruina. Sería un libro muy curioso y de mucha enseñanza el que se escribiese de las grandes casas y los grandes nombres arruinados de este país hermosísimo, donde, como en ninguno de la nación, se ve la decadencia de las razas privilegiadas. El autor conoce... ha conocido algunos de estos hogares: entró en ellos, hizo curiosas observaciones de esas espantosas caídas, que producen vértigo, no ya en los mismos desgraciados que las sufren, sino en el pensador que las estudia y reflexiona en el destino de ciertos seres; podrían citarse casos inauditos, desde el título, grande de España, de primera clase, que agoniza y muere en el mal lecho de inundo tabuco, debido á la caridad de alguna pobre mujer, vecina de la misma plaza donde erguía la gran casa solariega del mísero - en poder ya de otro dueño, - hasta la pudibunda, altiva educanda de convento aristocrático, de sangre ilustre, orgullo y prez de los salones, que carece de pan, que se queda sin comer un día y otro, que tiene hambre... ¡hambre feroz!, y que se prostituye para no morir.

¿Qué espanto! ¿Cómo llegué á este punto? De casas grandes arruinadas hay ejemplos frecuentes; los otros, que hacen estremecer, son contadísimos, y aun así, puede decirse que esos ejemplos aterradores se evitarían con el gran sistema del tío Claudio: «¡La educación de la mujer!» Pero ¿es, en resumen, que á todo desequilibrio, á toda desdicha, á todo desastre nacional, social, individual, hay que decir tristemente, como único remedio para prevenirlo, para evitarlo: eduquemos á la mujer?

¿A qué seguir? ¿Un viejo y una niña deben ser motivo para estas elucubraciones? Porque Matilde, marquesita de Nervión, era una niña adorable y leal, con grandes y hermosas ideas, que hacían engullecer. Establecieron sus padres en Madrid cuando ella tenía diez años, y unió la suerte en ella, para más gala, el pronto gracejo andaluz y el finísimo donaire madrileño. Empezaron á educarla en un convento... ¿Cómo era posible de otro modo, tratándose de la hija de un matrimonio rico y aristócrata? El destino de Matilde quiso, no obstante, que saliese del convento cuando su educación no estaba, ni con mucho, concluída. Este gran suceso se efectuó por una causa muy triste: por la muerte de sus padres, cuando hacía tres años á lo sumo que la joven entró de educanda. Murió la marquesa, y por una ley misteriosa y fatal, que influyó extraordinariamente en el destino de su hija, el marqués murió al poco tiempo. El tutor de Matilde fué un antiguo servidor en quien tenía el marqués confianza absoluta. No he de hablar aquí de los comentarios y cabildos de los parientes - eran muchos, aunque no en primer grado - cuando se supo la disposición del padre de Matilde; pero no había más remedio que aguantar y consentir en lo que el difunto dispuso. El tutor fué mucho tiempo mayordomo de la casa y habíase retirado, dueño de una pequeña fortuna, á disfrutarla en paz con su mujer, durante los últimos años de su vida; aceptó el legado delicadísimo, y al encontrarse los viejos servidores, padres, puede decirse, de una linda marquesita de trece años, creció en ellos el amor que ya de antiguo le profesaban, sintiendo á la vez gran zozobra por la responsabilidad que habían contraído. Después de pensarlo mucho, y viéndose el tutor dueño de hacer su voluntad omnívota, la niña fué sacada del convento, con grave escándalo de los parientes, sin que nadie se pudiera oponer; la disposición del padre fué así; su viejo servidor y amigo era el único, sin consejero de ninguna especie - respondiendo á Dios en su con-

ciencia, que podía hacer y deshacer en lo tocante á la educación de su hija. ¿Qué iba á aprender la marquesa con las monjas? Se enteró muy bien el tutor; perfectamente; pues aquello mismo lo aprendería en su casa, con profesores afamadísimos; teniendo él, de este modo, facilidad inconcebible para estar siempre al cuidado de la educación de la joven.

Salió del convento sin desolarse, en contra de lo que dicen que ocurre á estas señoritas, cuando vuelven al hogar después de recibir educación en esos santos retiros. Tal vez los *teólogos* conceptúen esta tranquilidad de Matilde, al salir del convento, como pecado gravísimo; pero sumisamente, por mi gran respeto á las casas de Dios y á las benditas madres también, me atrevería á decir en descargo suyo que era merecedora de alguna indulgencia. Con seguridad, hubiese sufrido mucho al alejarse de las monjas de haber estado más tiempo con ellas, y en otra edad en que ciertas amistades..., ciertas afecciones tienen más ocasión de ser verdaderamente cimentadas.

No quiere decir esto que no se afligiera un poco; pero inmediatamente mostróse en su espléndida casa, como una reinicita, feliz de su poder, teniendo como sus esclavos más sumisos á los buenos tutores, ancianos venerables que la habían visto nacer en Córdoba la famosa.

No fué refractaria al estudio; lo hizo de buena fe; si en alguna ocasión tenía pereza, la voz del viejo, haciéndola cargo de su responsabilidad si su hijita no resultaba un portento de ilustración, era tan dulce, tan humilde, que la muchacha, por complacer á su amigo, se aplicaba al estudio con nuevo afán. Algunas veces pedía al viejo que le pagase el trabajo de estudiar que por él se tomaba, á fin de que su *honra de tutor* no padeciera; y para cobrar..., ponía la mejilla graciosamente. El viejo la besaba llorando.

El respeto, la grave sumisión de todos en aquella gran casa llena de servidores, hicieronla comprender y apreciar lo ilustre de su cuna; por otra parte, pasaba el tutor junto á ella muchos ratos, contándole la historia de su familia, para que la joven la conociese y por hallar motivo de enseñanzas, que desterrasen de Matilde todo orgullo, con ejemplos de aquella misma historia, que el viejo siempre sabía encauzar de modo que resultasen en el plinto la modestia y el honor. Le hablaba mucho también de sus padres, muertos tan jóvenes con la pena profunda de dejar á la niña huérfana y sola... ¡Sí, sola! Por mucho que abunden los parientes - lo afirmaba el tutor, - no hay compañía para un hijo, si sus padres le dejaron para irse al cielo.

Los parientes, porque no podía ser de otro modo, mordían, rabiando, al pobre tutor y á su buena mujer; pero Matilde oíalos en calma perfecta, compeñándose lo suficiente para poder admirar la disposición de su padre, de que fueran ellos los que guardaran su orfandad... Sus tutores humildes y su parentela de grandes personajes fueron, por decirlo así, el primer capítulo que pudo leer, con triste admiración, del libro de la vida; capítulo que le enseñó á deslindar, con tristeza, sí, pero por suerte suya, lo malo de lo bueno.

Fué, en fin, la joven que ya conocéis. Llegó á los diez y ocho años sin haber sufrido una pesadumbre; lo dejaba comprender en su calma plácida, en aquella dulce jovialidad perenne, que era su más fino encanto. No por eso vayáis á creer que desconocía el dolor del mundo; el viejo amigo había hecho pasar por su corazón, susceptible del bien, el espectáculo humano, con toda su miserable tramoya, prudentemente, con tacto feliz, y vivía sin desconfianzas, pero con un sentimiento de prevención, centinela vigilante que siempre iba á su lado. En su carácter, frívolo en apariencia, había un fondo de seriedad y rectitud, tal vez no comprendido ni apreciado por todos... El viejo tutor, á su manera, había sido un mentor muy severo, sencillamente, sin afectación, con una humildad de efecto singularísimo en el ánimo de Matilde. Si Matilde cometía una ligereza propia de sus pocos años y de una niña que sabe que todos sus caprichos han de realizarse, el tutor no la reprendía; pero ella adivinaba en la tristeza del viejo una reconvencción tan dulce, que le hacía bastante más efecto que un castigo durísimo.

Su educación fué muy esmerada, sin que esto sea decir que la que le daban las benditas monjas no lo fuese también... De la santa casa trájose con ella, aunque sólo estuvo allí tres años y aunque sólo tenía trece, un orgullo desmedido de su nacimiento. No supo el tutor á qué atribuirlo, como no fuese al trato con las otras niñas. Confío, sin embargo, en que esta propensión al orgullo del linaje desaparecería con el tiempo junto á él, pensando - y tú juzgarás, lector, si con poca ó mucha cordura, - que lo

que más ennoblece á un poderoso es la sencillez y el olvido completo de su condición privilegiada en el trato con sus inferiores. Con secreta alegría vió su afán realizado; podía creerlo así, ante aquella tranquila posesión de sí misma que empezó á demostrar la joven, en aquella calma jovial que no le hacía perder su condición de gran señora, en su trato sencillo y en su corazón franco, propenso á la lealtad y á la ternura. No era una romántica, ni una modernista; era una mujer. ¡Oh, dulce nombre, que tan gran tesoro de armonías encierras en ti!

Pero llegó un tiempo en que la influencia del tutor sobre la joven no fué tan directa ni sugestiva. Matilde se lanzó al gran mundo - era lógico; - lo pensó el viejo suspirando; estaba en la edad. Entre sus parientes había una duquesa viuda, joven, hermosísima, oráculo de la moda en ese gran mundo, la más altiva, la más bella, la más admirada y envidiada mujer de Madrid. Presentó la duquesa á Matilde, y Matilde alcanzó un gran triunfo; no lo extrañéis; Matilde, por su gran fortuna, era un partido soberbio para los egoístas; pero lo era también para los hombres de corazón por sí misma, aparte de su mucha riqueza y su gran nombre. Había algo indefinible, pero que atraía lentamente, hasta subyugar, en su cuerpo menudito y esbelto, de formas purísimas; en su rostro oval, blanco, con una blancura que tenía algo de celeste; en aquellos ojos grandes, negros, de transparencias inconcebibles en su misma negrura, como esos lagos tranquilos en cuyo fondo, allá, muy profundo, se ve copiado el cielo, y en aquella boca primorosísima de donde jamás salió palabra dura para rico ni para pobre, valvulilla misteriosa y admirable, dispuesta siempre á dejar irse aquel dulce humorismo de su inteligencia profunda, velada por una tranquila modestia, sin alardes estúpidos, en donde veíase á leguas la marca especial del viejecillo tutor, que tan cumplidamente lo había sabido hacer.

Pero llegó una hora bien crítica para Matilde; se debió este instante psicológico al influjo grande que empezó á ejercer en su ánimo la duquesa de que ya tenéis noticia, contrarrestando la del tutor; fué un pugilato increíble, del que nadie se percataba, el que se entabló entonces entre el tutor y la gran señora. Supo hacerse ésta indispensable al lado de Matilde; en todas partes las vieron juntas, en los teatros, en los salones, en los paseos, en las iglesias; á la una, con su aire frío y desdenoso, mirando desde su carruaje, desde su palco - desde el primer lugar siempre - á los demás humanos como un Faraón á las multitudes; la otra, bella, serena, con su cuerpo de tallo de flor, su mirada profunda y dulce y su calma plácida de ángel y de mujer.

Se unieron de tal modo, que los pobres viejecitos casi estaban olvidados; nunca el tutor había hecho uso de su autoridad para con Matilde, y le hubiera sido muy penoso hacerlo entonces; pero observó con dolor que su obra paciente y sufrida la estaba destruyendo aquella gran dama, que creía que Dios hizo el mundo expresamente para que ella lo esclavizase. ¡Gran Dios! ¿Y no podía decirse que la pobre niña era para la soberbia señora un esclavo más? El viejo lo veía con tristeza profunda; Matilde, sin perder nada aún de aquel fondo de sencillez y rectitud, dejábase influir demasiado por la duquesa; la duquesa se burlaba finamente de su elevación de pensamiento, de la jovialidad tranquila, que era su más fino encanto, de aquella propensión á la sencillez, particularmente en el trato con seres inferiores, que era en lo que el tutor había puesto principal ahinco; todo, en fin, lo que embellecía y engrandecía su carácter, fué asunto de sátira en su parienta y amiga, pareciéndole cosa baja y de mal gusto. ¡No fué estéril la obra de gusano en la fruta sanísima! Matilde hallóse en ese gran momento crítico de su existencia, llevado á él por dos fuerzas impulsoras, bien aquilatadas: la de la duquesa y la de su tutor. Hallábase Matilde como un viajero ágil, fuerte, ansioso de ver mundo, detenido en una senda que se bifurca de pronto y no sabe cuál de los dos nuevos caminos ha de seguir, época peligrosísima que el viejo tutor lloraba silencioso, con lágrimas de sangre. De aquellas dos nuevas sendas, una, la que había seguido hasta entonces, era la mejor; así lo pensaba el viejo dolorido; otra, la mala, la que tan sencillamente iba á emprender, cogida de la mano de la mujer funesta que en mal hora se atravesó en su camino. Los dos primeros alarmantes retoños que el tutor aterrado vió brotar en aquella finísima rama llena de jugo y hermosura, fueron aquel orgullo del linaje que ya el viejo había tenido ocasión de observar otra vez, y una afición que él encontraba irritante á las cosas de iglesia, amalgamadas, como en el gran mundo se estila, con las diversiones de teatros, bailes y otros variadísimos *sports*, que son á la iglesia

y aun á las cosas de iglesia, lo que á Dios el diablo. ¡Cuán verdad es que para el estudio de un carácter no habría suficiente en ocasiones con varios volúmenes! Todo lo que dejé dicho no son más que apuntes, en fin, pero creo que bastan para que el lector forme idea justa del estado moral de Matilde. Matilde era el imán donde venían á converger las oscilaciones de aquella gran batalla, misteriosa y singularísima, que entablaron la arrogante duquesa y el modesto tutor... ¿Qué camino seguiría Matilde? ¿De quién sería el triunfo?

Pero, de pronto, Matilde mostróse preocupada y pensativa; algunos accesos melancólicos, á los que siempre fué refractario su temperamento igual y equilibradísimo, llenaron de inquietud el corazón del tutor; esto duró un mes; de repente, aquel estado de preocupación y melancolía entró en un período que pudiéramos llamar agudo, y Matilde se encerró en sus habitaciones, sin ganas de ver ni hablar á nadie. ¡Oh caso estupendísimo!, ni á la gran duquesa tampoco; ni á esta sin igual señora, que había logrado ser el alma, el pensamiento, la esencia, en fin, de la vida de Matilde. Inútil es decir que la resolución de Matilde de no ver tampoco á la duquesa, fué un alivio para el viejo tutor, dentro de la gran alarma que aquel estado de ánimo de su pupila logró inspirarle.

Como Matilde pareciese decidida á no salir de sus habitaciones, el tutor, creyéndola enferma, tembloroso, tímido, con lágrimas de amor y ternura, le propuso llamar á un médico... Matilde contestó sonriéndose:

- No, no.

- Pero ¿qué te pasa, entonces?

Y el viejo la contemplaba admirado.

- Me pasa que es preciso que me ordene usted irme á esa huerta de Córdoba, que tantas veces he oído á usted alabar y que no conozco. Y yo, añadió mirándole con maliciosa coquetería, como soy tan obediente, hago al punto lo que usted me ordena; arreglo las cosas y parto mañana mismo... con la madrecita..., si usted no puede acompañarme.

- ¿Pero qué es esto?, repitió el tutor, cuya alarma crecía.

- Esto es lo que ya le dije. ¡Corriendo..., corriendo!.. ¡Mándeme usted que me vaya á mi huerta de Córdoba!.. ¡Pero ande usted, y no se quede así, como caído de las nubes!

Y Matilde, al hablar, reía de un modo adorable, el medio más seguro y rápido de que el tutor la complaciera.

- No me dices por qué quieres abandonar á Madrid, exclamó el preocupado; respeto tu silencio, pero júrame que este viaje no obedezca á cosa alguna seria, que luego nos haga sentir... No, no..., he hecho mal, añadió de pronto muy conmovido; perdóneme. Confío en ti.

Matilde repuso gravemente:

- Haría el juramento, pero es mejor decirte la verdad y cumplo así mi deber contigo.

Le echó los brazos al cuello, y añadió muy bajo y en voz temblorosa algunas palabras que el viejo oyó conmovido.

La besó después en la frente, diciéndole:

- Hija mía, mañana te irás á tu huerta de Córdoba.

Al otro día se presentó la duquesa como un torbellino en casa de Matilde. Iba á arrancarla de su clausura - frase textual. - El tutor salió á su encuentro, é inclinándose profundamente, exclamó en tono helado que cortaba como un cuchillo:

- La señora marquesa se ausentó esta mañana de Madrid por bastante tiempo.

- ¿Adónde fué?, preguntó la gran señora soberbiamente.

- No lo ha dicho.

Miráronse un momento los dos mantenedores...; ella, feroz de orgullo; él, rebotando alegría. Volvió ella la espalda de pronto y salió sin hablar. Volvió él la espalda asimismo, frotándose las manos de satisfacción y murmurando en tonillo de triunfo:

- ¿Y ahora? ¿Y ahora?

VI

Hasta mucho más tarde no se supo qué secreto fué el que Matilde reveló á su anciano amigo. No tenía casa en Córdoba, y dirigióse desde la estación á Marrubiales. Las fincas del Limón y Marrubiales estaban juntas, pero aisladas las dos en la sierra. La vecindad de Matilde era sólo la del tío Claudio, y aún no le satisfacía; hubiera deseado un aislamiento total, como si su alma necesitara reposo absoluto.

No tenía así trato con nadie; la esposa de su tu-

tor, excelente mujer que la amaba con delirio, no pecó nunca de comunicativa; su doncella limitábase á desempeñar sus funciones. Los criados que allí había hablaban con pocas personas, sin que llegase el eco á oídos de Matilde, como supondréis. Le agradó mucho esta soledad, que contrastaba tanto con su anterior existencia, agitadísima.

Necesariamente tuvo que conocer al tío Claudio, por estar las dos huertas unidas, limitadas sólo por

Marrubiales estaba en poder de un jardinero. No iba nadie nunca, á no ser algún curioso, á quien se le diera permiso para visitar aquella admirable posesión, cuya huerta constituía su más hermoso y principal atractivo; aquella huerta, donde se admiraban flores maravillosas, como los tulipanes de que ya oísteis hablar, que eran la desesperación del tío Claudio. - ¡Ay, él había tenido ocasión de ver estas flores varias veces, lo que no es de extrañar, siendo vecino y residiendo siempre en el Limón.

Si él estaba prevenido contra la damita de Marrubiales, no quiero decir nada cuando la marquesa, después de haber tenido con él el primer encuentro, y haber obtenido de él un saludo frío y ceremonioso, supo que era un rico, antiguo maestro de obras; jella, que estaba tan acostumbrada á los obsequios y adulaciones de todo el mundo! Ni el apellido del buen señor se sabía... ¡Ni hacía falta! ¡El tío Claudio!!! Llamábanle así solamente, sin que ningún nacido se cuidase de otra cosa... ¡Y que no mostraba el viejo mucho orgullo porque le llamasen así! «Era un nombre que no lo había heredado de nadie. Se lo conquistó él solo.»

Se halló Matilde bien en la sierra. Al principio, sus discusiones con el tío Claudio fueron una distracción; después, una necesidad. Encontraba en el viejo un atractivo inexplicable; un poco aficionada á indagar el porqué de las cosas, aquella inclinación al tío Claudio solamente podía atribuirse á su completa soledad, y á ser el viejo la única persona de su trato desde que llegó á la huerta. - Quería encontrar otra causa, en el parecido, hasta cierto punto, del tío Claudio con su tutor, á quien ella amaba sinceramente. - Lo que no podía resistir, eran las ideas espantosas de radicalismo que el viejo complacía en esparcir á los cuatro vientos con osadía feroz y desdén absoluto á todo cuanto tuviese que ver con privilegios de raza y demás puntos relacionados con divinos orígenes. ¡Vaya un tonito agrio y ferozmente irónico el del viejo contumaz refiriéndose á tan sagradas cosas!

Menudearon las entrevistas, y el lugar de sus encuentros fué siempre el mismo: la tapia, el viejo en su huerta y la joven asomada á la tapia de la suya. Concluían siempre por tirarse los trastos á la cabeza, asustada la joven de aquel jacobino furioso (así llamaba al viejo), y el viejo indignado contra aquella almita dañada con el virus de preocupaciones aborrecibles.

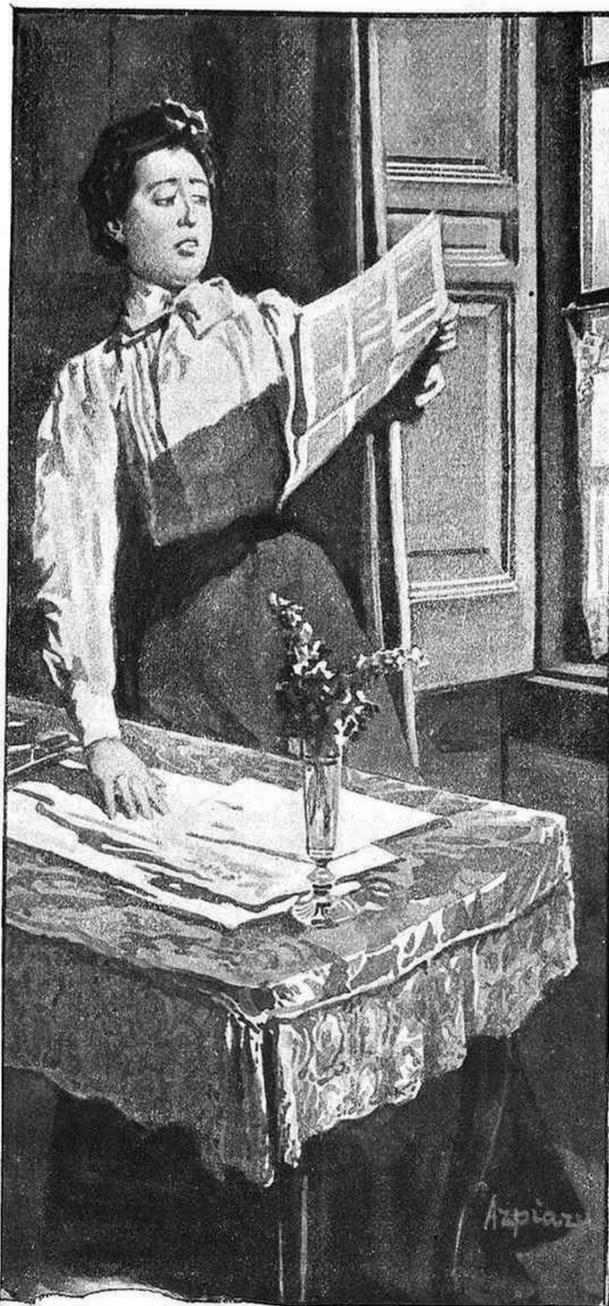
Lo que en primer lugar combatió el tío Claudio, sin saber el juego singular que al tutor hacía, fué aquel mal retoño de rancios privilegios - palabras del tío Claudio - que la duquesa acababa de reverdecir en el corazón de Matilde. La odiosa muñequita feudal - así la llamaba también el tío Claudio - hallábase completamente desahuciada; era un fruto podrido. Matilde oyó los primeros días estas cosas, y retirábase de la tapia, haciéndose cruces, muerta de horror; pero volvía otra vez... para oír lo mismo y retirarse con gran enojo, sin perjuicio de volver de nuevo y volver siempre, para oír la eterna cantinela que tanto la horrorizaba y tanto la atraía.

Concluyó por hallar una diversión en aquellas rociadas tremebundas del viejecito, y alejábase riendo cuando le había hecho rabiarse á su gusto. ¡Ah, no se daba cuenta, de este modo, de lo que el tío Claudio iba llevando con lentitud, insensiblemente, al parecer, á su corazón; pero fué, en resumen, la última y más portentosa de las obras de este maestro.

Eran horrores tan espantosos los que el tío Claudio lanzaba algunas veces, que la muchachita echábase á temblar, y se santiguaba con una devoción, para vista y no para que se explique, lo que hacía estallar toda la máquina nerviosa del viejecito. Entonces había que oírle. Ella reía, poníase á meditar luego á solas, y se acordaba, al fin, riéndose de nuevo, de su intransigente parienta. «A propósito; la tengo que escribir», pensaba sin apelación en estos momentos; y siempre, sin apelación también, dejáballo para el otro día. No la escribió nunca.

A todo esto, de la vuelta á Madrid no se hablaba. Contra lo que la buena esposa del tutor figuróse al principio, la estancia en la huerta iba á prolongarse no poco. Matilde no pensaba en Madrid, ni en sus fiestas, ni en ninguno de los atractivos que allí se podrían llevar. Para colmo de estupor, empezó á escribir á sus amigos y parientes y cayó sobre Marrubiales una lluvia de cartas de parientes y amigos, lamentándose de su ausencia é incitándola con mil historias sugestivas á que volviese. Pero ella parecía querer echar raíces en Marrubiales.

(Continuará.)



Matilde al leer los periódicos púsose pálida como un muerto

una pared de poca altura. La curiosidad femenil pudo más que su deseo de aislamiento; una tarde se asomó á la tapia, y con quien primero tropezaron sus ojos fué con el tío Claudio. Matilde se acordó inmediatamente de su tutor; era el tío Claudio un viejecito venerable como él, pero sin la timidez, sin la dulzura de su fiel amigo. En los ojitos negros, de vivo mirar, del tío Claudio, en la decisión de sus ademanes, en su palabra breve y segura, halló ella un atractivo que fué cautivándola poco á poco. Bien distinto era el tío Claudio de su tutor, pero no podía pensar Matilde entonces, hasta qué punto iba á ser el uno continuador de la obra del otro.

Cuando se conocieron, el tío Claudio tenía ya noticias de ella; sabía que en Madrid estaba el ama de Marrubiales, una damita que nunca salió de la corte - para visitar á Córdoba, á lo menos, - lo que era ya para él un precedente malísimo. «Quien no guarda amor en su alma por la tierra en que nace, no merece nacer.» Este cargo que el viejo le hacía ya sin conocerla, era precisamente lo que menos podía preocupar á Matilde, y mucho menos entonces, acabada de salir de manos de la soberbia tía... ó prima - no se conoce bien ese detalle, - que tan tristes gérmenes había sabido arrojar en aquel surco, barro dispuesto, que no les fué posible moldear del todo á las benditas monjas porque se interpuso el tutor; que no acabó de moldear el tutor por haberse interpuesto la duquesa; que no acabó de moldear la duquesa por un suceso misterioso, de gran importancia en la vida y el destino de Matilde.

El tío Claudio había intentado por segunda mano comprar á Marrubiales, pero halló siempre una negativa seca, y no contribuyó poco esto á que la damita le pareciese más antipática.

ESTUDIO BACTERIOLÓGICO

DEL MONT BLANC (SUIZA)

En julio primero y luego en agosto y septiembre de 1900 hice, á petición de M. Janssen, un estudio de la flora microbiana de la cordillera del Mont Blanc. Este estudio microbiológico puede dividirse en tres capítulos: análisis de los glaciares, análisis

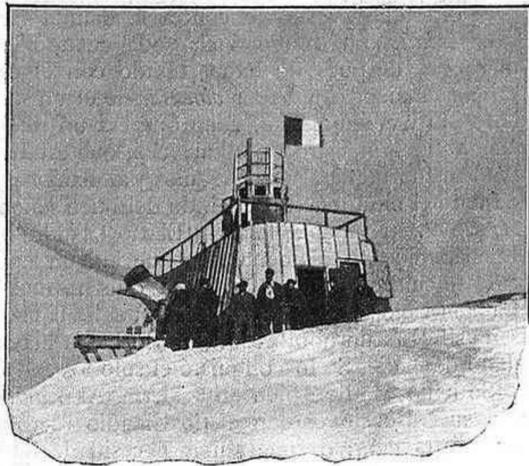


Fig. 1. - Llegada á la cumbre del Mont Blanc

de las aguas y análisis del aire, y todos estos análisis, en número de 121, practicados, en lo posible, en un mismo punto, son, por consiguiente, comparables entre sí. En distintos puntos de la cordillera del Mont Blanc, recogí nieve reciente, nieve antigua, hielo superficial, hielo profundo, hielo expuesto al sol y hielo al abrigo de los rayos de éste. Por último, he recogido muestras de hielo en capas de diferentes edades.

En las paredes verticales de ciertas grietas puede seguirse perfectamente la estratificación anual de las nieves. M. Janssen, que había hecho esta observación, creyó que de este hecho podrían deducirse consecuencias interesantes desde el punto de vista de la conservación de gérmenes en el hielo. A fin de evitar los gérmenes de la superficie y de llegar á una profundidad en donde la temperatura varía poco cuando las capas se abstraen á la acción del sol, practiqué agujeros en cada capa por medio de instrumentos esterilizados, siguiendo una técnica especial destinada á evitar la extracción de gérmenes extraños, y he recogido muestras de hielo á una profundidad de 50 á 60 centímetros en cada capa.

Los gérmenes que se encuentran en la cumbre del Mont Blanc han sido arrastrados allí por los



Fig. 4. - Análisis del aire. Plano de la Aguja

vientos de las montañas cubiertas de bosques y de los valles subyacentes. Una parte de estos gérmenes ha quedado adherida sobre la superficie del glaciar, y por la acción de la gravedad los gérmenes en suspensión se fijan en el hielo ó en la nieve antigua, que contiene uno ó dos de aquéllos por centímetro cúbico. En la nieve reciente, en cambio, el número de gérmenes es infinitamente pequeño: en tres ocasiones distintas he podido recoger ocho centímetros cúbicos de nieve recientemente caída sin encontrar en ellos un solo microbio.

El sol es uno de los más poderosos agentes naturales de destrucción de los gérmenes, y los análisis practicados dan una nueva prueba de ello en el hecho de que, en un mismo sitio, una pared vertical al abrigo del sol contiene generalmente más microbios que la que recibe los rayos solares.

Si se examinan los resultados obtenidos de los

análisis de las capas anuales, se ve que la primera capa contiene muchos menos gérmenes que la superficie. Los microbios poco resistentes, las especies desprovistas de esporos de la superficie, han desaparecido en gran parte destruídos por los agentes físicos naturales. En las capas dominan las bacterias esporuladas, los fermentos, los estreptotriceos y algunas mucedíneas de esporos resistentes. Analizan-

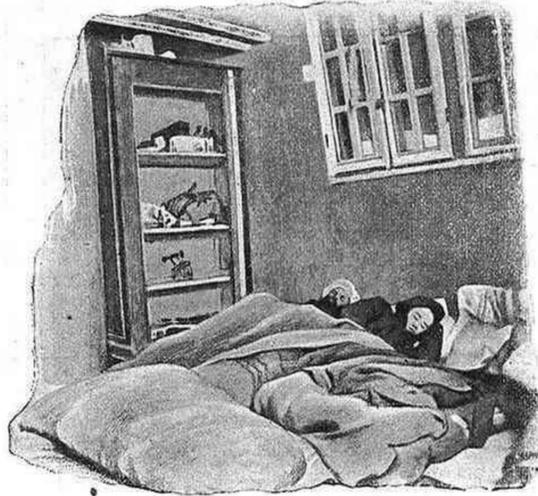


Fig. 2. - Interior del Observatorio. M. Hansky y el Dr. Binot

do las capas más antiguas, se ve decrecer de una manera regular el número de gérmenes.

Al pie de los glaciares el número de gérmenes de la superficie es mucho más considerable: de 6 á 65 por centímetro cúbico en el Mar de Hielo y de 9 á 27 en el glaciar de Bossons, etc.

Las aguas de los glaciares son muy puras, y su pureza está en relación con la cantidad de gérmenes contenidos en el hielo que al fundirse las produce. Al igual que este hielo, esas aguas contienen un gran número de fermentos y estreptotriceos. Una muestra de agua tomada de la Jonction, contenía sólo tres gérmenes por centímetro cúbico; uno del plano del Plan Glacier, ocho, al paso que un arroyo del pie del Glaciar de los Bossons contenía 95 y el agua del Arve en Chamonix puede contener hasta 7.550.

El aire de la cumbre del Mont Blanc contiene un número muy pequeño de gérmenes. He podido practicar el análisis de 100 litros de aire sin comprobar la existencia de ningún microbio, y el número de gérmenes varió entre 4 y 11 por metro cúbico.

Por el contrario, en el interior del Observatorio de M. Janssen, construído en el punto culminante de la cumbre del Mont Blanc, en donde pasé cinco días, dos análisis practicados en dos habitaciones distintas han dado 540 y 260 gérmenes, siendo evidente que estos numerosos microbios habían sido



Fig. 5. - Análisis del aire en la cumbre del Mont Blanc

importados por las personas que en el observatorio se albergaban temporalmente. Por esta razón, las tomas de aire de la cima de la montaña las hice lo más lejos posible de aquel edificio y teniendo cuidado de colocarme del lado de donde venía el viento.

En general, puede afirmarse que el número de gérmenes es tanto más considerable cuanto más nos acercamos al valle: 6 por metro cúbico en la Gran Meseta, 8 en los Grands Mulets, 14 en el Plano de la Aguja, etc. En el Montanvert he encontrado 49 gérmenes y en el Mar de Hielo 23 por metro cúbico. En presencia de estas cifras se comprende cómo M. Pasteur, en sus memorables experimentos, había podido abrir en estos dos últimos sitios, un cierto número de balones de 200 á 250 centímetros cúbicos de capacidad, sin que el líquido nutritivo que contenían se alterara. Es preciso, sin embargo, tener muy en cuenta la naturaleza del terreno barrido por

el viento antes de llegar al sitio en donde se procede á la toma del aire para el experimento.

Leyendo los detalles de mis análisis se podría comprobar que, no sólo el número, sino que también la naturaleza de los gérmenes hallase en extremo modificada por esta circunstancia; así el análisis practicado en el Montanvert, cuyas vertientes hallanse cubiertas de vegetación, da una cifra mucho más elevada, sobre todo por la gran proporción de



Fig. 3. - Extracción de hielo de las capas

las mucedíneas, que el verificado en el Mar de Hielo el mismo día, al abrigo de todo viento.

En todos estos análisis he contado los gérmenes haciendo la numeración de las colonias aisladas en cultivo sobre placas. Para hacer estos aislamientos he empleado medios artificiales especiales, particularmente adecuados al cultivo de los diversos gérmenes saprofitos. He estudiado la mayor parte de estas colonias haciendo con ellas una preparación colorada y trasplantando todas las que ofrecían un interés directo y no habían podido ser determinadas directamente. De esta manera he conservado en cultivo puro, merced á estos aislamientos, más de 300 especies microbianas nuevas ó de difícil determinación. Después he podido identificar una tercera parte de estos cultivos; el resto lo tengo aún en estudio. Esta colección ofrece tipos muy interesantes desde los puntos de vista biológico y morfológico y hasta desde el patógeno.

En el hielo de la cumbre pude aislar una raza virulenta del bacilo pociánico. Un vibrion encontrado en las aguas ha resultado excepcionalmente patógeno para los animales de laboratorio.

En el agua cristalina y de admirable pureza de una fuente del camino del Montanvert, he encon-

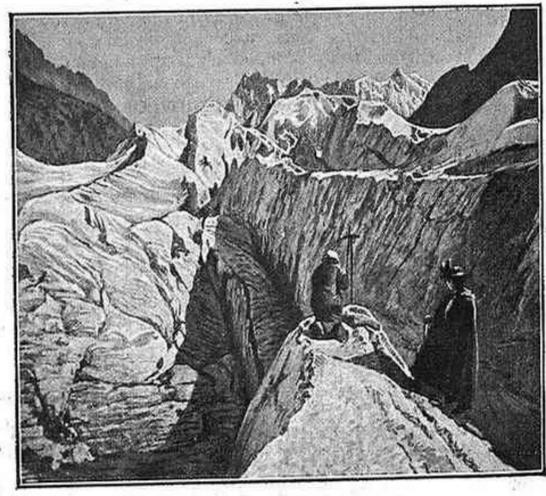


Fig. 6. - Análisis del aire en el Mar de Hielo

trado doce colonias del *bacterium coli* virulento por centímetro cúbico. La presencia de estos gérmenes es debida ciertamente á la filtración insuficiente del agua al través de las capas arables poco espesas que cubren el suelo granítico de aquella montaña sobre la cual viven algunos rebaños.

En primer término debo expresar todo mi agradecimiento á M. Janssen, que me ha inspirado este trabajo y me ha facilitado los medios de ejecución con una benevolencia extremada; á mi maestro M. Roux, que ha tenido la bondad de seguir estos estudios y dirigirlos, y por último á M. Miquel, que me ha permitido aprovecharme de su excepcional competencia en estos asuntos.

DR. JUAN BINOT,

Jefe de laboratorio del Instituto Pasteur.

(De La Nature.)